

**UNIVERSIDAD DEL CEMA  
Buenos Aires  
Argentina**

Serie  
**DOCUMENTOS DE TRABAJO**

**Área: Economía**

**¿CUÁN PREPARADOS LLEGAN AL GOBIERNO LOS MINISTROS  
DE ECONOMÍA Y CUÁN RELEVANTE ES TAL PREPARACIÓN?**

**Martín Lagos y Mario Teijeiro**

**Junio 2021  
Nro.799**

**[www.cema.edu.ar/publicaciones/doc\\_trabajo.html](http://www.cema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.html)  
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina  
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)  
Editor: Jorge M. Streb; asistente editorial: Valeria Dowding [jae@cema.edu.ar](mailto:jae@cema.edu.ar)**



# *¿Cuán preparados llegan al gobierno los ministros de economía y cuán relevante es tal preparación?*

*Martín Lagos, Mario Teijeiro\**

*19 de junio de 2021*

Resumen: Este paper se originó a mediados de junio de 2021, al ver al ministro de economía Martín Guzmán acorralado entre las líneas internas del gobierno del que forma parte desde el 10 de diciembre de 2019. No ha expuesto algo que se parezca a un plan de acción, ni objetivos explícitos, pero tampoco pareciera tener margen político para llevarlo a cabo. La exploración del caso de Guzmán llevó a la cuestión más general de cuán preparados llegaron al gobierno otros ministros de economía y, al tratar de responder a esa pregunta, surgió inevitablemente la otra cuestión: ¿es suficiente una buena preparación y experiencia para ser un ministro de economía exitoso? La primera pregunta no tiene respuesta por blanco o negro, porque no hay un único criterio para evaluarla. ¿Qué habría que entender por “cuán preparados”? ¿Una sólida formación y experiencia? ¿Una capacidad de diagnóstico típica de un economista multidisciplinario? ¿Capacidad para diseñar una estrategia apropiada para el momento y las circunstancias? ¿Claridad en torno a las reformas estructurales necesarias y con qué secuencia y velocidad pueden alcanzarse? ¿Capacidad para integrar y manejar equipos? Todas ellas, y probablemente algunas otras, parecen ser condiciones necesarias para una gestión exitosa. Sin embargo, la historia nos indica que pueden no ser suficientes.

Este paper se originó a mediados de junio de 2021, al ver al ministro de economía Martín Guzmán acorralado entre las líneas internas del gobierno del que forma parte desde el 10 de diciembre de 2019. No ha expuesto algo que se parezca a un plan de acción, ni objetivos explícitos, pero tampoco pareciera tener margen político para llevarlo a cabo. La exploración del caso de Guzmán llevó a la cuestión más general de **cuán preparados llegaron al gobierno otros ministros de economía** y, al tratar de responder a esa pregunta, surgió inevitablemente la otra cuestión: **¿es suficiente una buena preparación y experiencia** para ser un ministro de economía exitoso?

---

\* Los puntos de vista de los autores no necesariamente representan la posición de la Universidad del CEMA.

La primera pregunta no tiene respuesta por blanco o negro, porque no hay un único criterio para evaluarla. ¿Qué habría que entender por “cuán preparados”? ¿Una sólida formación y experiencia? ¿Una capacidad de diagnóstico típica de un economista multidisciplinario? ¿Capacidad para diseñar una estrategia apropiada para el momento y las circunstancias? ¿Claridad en torno a las reformas estructurales necesarias y con qué secuencia y velocidad pueden alcanzarse? ¿Capacidad para integrar y manejar equipos? Todas ellas, y probablemente algunas otras, parecen ser condiciones necesarias para una gestión exitosa. Sin embargo, la historia nos indica que pueden no ser suficientes.

- *¿Con qué preparación llegaron?*

Con respecto a la pregunta de “cuán preparados llegaron”, no hay una manera objetiva de responder. Algunos de las varias decenas de hombres y una mujer que ocuparon el cargo en los últimos 80 años llegaron al puesto con antecedentes y/o carreras **académicas** de variado brillo y/o dedicación (José María Dagnino Pastore, Juan Vital Sourrouille, Domingo Felipe Cavallo, Roque Benjamín Fernández, José Luís Machinea, Ricardo Hipólito López Murphy, Axel Kicillof y el mismo Martín Guzmán). En otros casos, sus **experiencias profesionales** (en rubros como la abogacía, la banca, las finanzas, la consultoría empresarial) habrían sido al menos tan importante como los estudios, en su formación en temas de política económica (Álvaro Alsogaray, Adalbert Krieger Vasena, Carlos Moyano Llerena, Aldo Ferrer, Lorenzo Sigaut, Roberto Alemann, Alfonso Prat Gay, Nicolás Dujovne). Los hay en los que las trayectorias y experiencias – al menos, parte de ellas – fueron en el **sector público** y/o en la política (Federico Pinedo, Ramón Cereijo, Alfredo Gómez Morales, Cayetano Licciardo, Jorge Wehbe, Celestino Rodrigo, Antonio Cafiero, Bernardo Grinspun, Amado Boudou, Jorge Remes Lenicov, Roberto Lavagna y Martín Lousteau). Finalmente, están los que mayormente desarrollaron su actividad previa en **empresas** industriales y/o agropecuarias, ya como dueños, ya como gerentes (Miguel Miranda, Jorge Nestor Salimei, José Gelbard, José Alfredo Martínez de Hoz, Nestor Rapanelli, Antonio Erman González)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Estrictamente hablando Miguel Miranda no fue ministro de economía, pero como presidente del Banco Central, primero, y luego encabezando el Consejo Económico Nacional, lo fue a todos los efectos prácticos desde 1946 hasta la llegada de Alfredo Gómez Morales en 1949.

Esta taxonomía puede dar una idea de la diversidad de perfiles, pero no alcanza para revelar como se complementaban sus calificaciones técnicas con sus preferencias ideológicas. O sea, si eran liberales o estatistas, librecambistas o proteccionistas, monetaristas o estructuralistas, preocupados principalmente por la inflación o con otras prioridades en sus cabezas, etc. En la práctica, los ministros han tenido casi siempre un sesgo ideológico similar o compatible con las inclinaciones políticas del gobierno que lo convocaba.

- *¿Estrenaron un plan o debieron administrar lo que había?*

La cuestión de si asumieron con un plan o estrategia predefinida puede llevar a identificar algunos casos en que la respuesta es claramente positiva y otros que administraron políticas y/o situaciones preexistentes. Los primeros son pocos, abunda el segundo tipo de gestión. Una idea lo da la duración de la gestión ministerial. De quienes ocuparon el cargo desde 1940, comenzando por Pinedo<sup>2</sup> y aunque no todos con el nombre de “ministro de economía”, sólo siete duraron más de 3 años. Sólo 4 duraron entre 2 y 3 años y 17 duraron entre 1 y 2 años. Las restantes 37 gestiones duraron sólo meses.

Se pueden identificar **quince** nombres que accedieron a la función con un explícito plan de estabilización y/o de reformas que implicaban algún grado de ruptura con lo vigente o existente, sin juzgar si esa ruptura era buena o mala. Pero no todos tuvieron el apoyo y el tiempo para ejecutarlo plenamente. Entre los que si pudieron (para bien o para mal) ejecutar su programa, fueron: Miranda<sup>3</sup> (1946-1949), Gómez Morales (1949-1952), Alsogaray (1959-1961), Krieger Vasena (1967-1969), Gelbard (1973-1974), Martínez de Hoz (1976-1981), Sourrouille (1985-1989), Cavallo (1991-1996) y Lavagna (2002-2005).

Entre quienes llegaron con un plan y no tuvieron el tiempo o el apoyo para implementarlo cabe citar el caso de Pinedo (1940), cuyo plan se frustró cuando la grave

---

<sup>2</sup> Nos referimos a la segunda gestión de Federico Pinedo, que se extendió entre septiembre de 1940 y enero de 1941.

<sup>3</sup> Ver nota 1

ceguera del presidente Roberto Ortiz abrió pasó a la presidencia de Ramón Castillo; el de Rodrigo (1975), por la oposición sindical generada tras sus primeras medidas de shock; Rapanelli (1989), que se alejó de la función a seis meses de iniciada; Alemann (1982), por la parálisis resultante del conflicto de las Islas Malvinas; López Murphy (2001), por la vacilación del presidente convocante ante la austeridad de su plan; y Remes Lenicov (2002), también como secuela de las drásticas medidas que aplicó en el verano de 2002 al abandonarse el plan de convertibilidad.

Hay otros ministros que, aun incorporando nuevos equipos de colaboradores e introduciendo cambios de variada significación (incluso devaluaciones), pueden ubicarse como continuadores de programas o políticas en marcha. Como post-administradores del programa de Gómez Morales de 1949-52 está Bonani hasta 1955; la gestión de Alemann tras la renuncia de Alvaro Alsogaray en 1961. Luego de Krieger Vasena están las gestiones, entre 1969 y 1973, de Dagnino Pastore, Moyano Llerena, Ferrer, Licciardo y Wehbe. La gestión de Gómez Morales (1974), tras la renuncia de Gelbard. La gestión de Cafiero luego del Rodrigazo en 1975. La gestión de Sigaut en 1981 a continuación de Martínez de Hoz (1976-1980). La gestión de Erman González en 1990, continuando con las dificultades de Rapanelli para controlar la hiperinflación. La gestión de Roque Fernández en 1996-99, tras la renuncia de Cavallo. La gestión de Machinea en 2000 manteniendo el plan de convertibilidad luego de la asunción del presidente Fernando de la Rúa. Las gestiones de Lorenzino en 2011-2013 y de Kicillof en 2013-2015, sosteniendo con creciente intervencionismo los desequilibrios dejados por la gestión de Boudou (2009-2011). Finalmente, la gestión de Dujovne en 2017-2019, continuando primero con el gradualismo de Prat Gay y luego administrando la crisis financiera a partir de abril de 2018.

Quedan afuera de las tipificaciones anteriores los casos de Salimei y Grinspun, ministros que “estrenaron” presidencias (la de Juan Carlos Onganía en 1966 y la de Raúl Alfonsín en 1984), sin que haya quedado clara evidencia de sus respectivos programas. El caso de Guzmán (“estrenado” con el presidente Alberto Fernández) será analizado más abajo, pero podría responder a esta tipología, ya sea porque llegó sin un programa global o porque se le asignó un rol limitado a la renegociación de la deuda.

- *¿Cuánto poder tuvieron?*

El otro interrogante, tan importante como el segundo, es el del poder de que gozaron. Además de tener en claro qué es lo necesario, lo importante o lo urgente, los ministros llegaron al gobierno con muy distintas cuotas de poder.

Hay **siete** nombres que por las cuotas de poder de las que gozaron y las características de sus personalidades, quedaron en la historia como super-ministros: Miranda<sup>4</sup> (1946), Alsogaray (1959), Krieger Vasena (1967), Gelbard (1973), Martínez de Hoz (1976), Cavallo (1991) y Lavagna (2002). Además de las áreas propias de las finanzas públicas, manejaron o tuvieron decisiva influencia en las políticas agropecuarias, industriales, del comercio interior y exterior, y en algunos casos, de obras públicas y de trabajo y seguridad social. Su poder también se manifestó en la mayor duración temporal de sus gestiones y en la visibilidad mediática de su personalidad y de sus acciones.

Esos seis nombres contrastan con los **cinco** que debieron lidiar con una disminución de las áreas o carteras puestas bajo la autoridad del ministro de economía: Ferrer (1970), Licciardo (1971), Wehbe (1972), Sigaut (1981) y Prat Gay (2016).

Finalmente están los casos los casos de ministros, que aun contando con poder y ejerciendo autoridad, se caracterizaron por personalidades o estilos de perfil más bajo. Entre ellos se podría mencionar a Gómez Morales (1949), Dagnino Pastore (1969 y 1982), Sourrouille (1985), Rapanelli (1989) y Roque Fernández (1996).

- *Experiencias*

La mayoría de los ministros de economía dejaron sus cargos porque las conveniencias políticas del momento no estaban balanceadas por resultados exitosos de su gestión. Hubo sólo cuatro ministros de economía en los últimos ochenta años que tuvieron que renunciar en medio de gestiones que, hasta el momento de ser desplazados,

---

<sup>4</sup> Ver nota 1

podrían calificarse de exitosas: Álvaro Alsogaray en 1961, desplazado (según sus memorias) por la influencia política de Rogelio Frigerio, el asesor desarrollista del presidente Arturo Frondizi; Adalbert Krieger Vasena, renunciante en 1969 tras el cambio de orientación del gobierno del presidente Juan Carlos Onganía después del episodio conocido como “Cordobazo”; Domingo Cavallo, que debió renunciar en 1996 por serias desavenencias con el presidente Carlos Menem; y Roberto Lavagna, renunciante en 2005 porque el presidente Nestor Kirchner pensaba que el mantenimiento de su programa conflictuaba con su reelección o la eventual elección de su esposa.

Por la personalidad avasallante, la capacidad de ocupar espacios de poder con colaboradores cercanos o de la Fundación Mediterránea y la cantidad de áreas en las que introdujo profundos cambios, vale destacar a Domingo Cavallo, ministro que sirvió durante más de cinco de los diez años que gobernó Carlos Menem. Paradójicamente, esas mismas características habrían sido determinantes del conflicto que terminó con su renuncia a mediados de 1996. Y no le sirvieron cuando en 2001 debió lidiar, en el intento de encarrilar el programa de la Convertibilidad, con la débil y fracturada presidencia de de la Rúa.

En contraste tenemos a Alfonso Prat Gay, un ministro que asumió el cargo en 2016 para supuestamente llevar a cabo un plan de reformas preparado a lo largo de quince años por la Fundación Pensar. En parte por la decisión del presidente Mauricio Macri de parcelar el ministerio de economía licuando su poder de coordinar áreas y en parte por haber explícitamente elegido un camino gradual para reducir el gigantesco aumento del gasto estatal que venía de arrastre, Prat Gay terminó renunciando con modestos resultados al cabo de un año de gestión.

Otros nombres que merecen análisis son los de Martínez de Hoz, Sigaut, Alemann, Roque Fernández y José Luis Machinea. El primero llegó de la mano de la ruptura institucional que significó el derrocamiento del gobierno de María Estela Martínez de Perón el 24 de marzo de 1976. Tenía que derrotar una situación hiperinflacionaria y – supuestamente – recrear los incentivos para la inversión privada y “eficientizar” la pesada estructura burocrática y empresaria del Estado. Es habitual oír o leer que tenía mucho poder y que gozaba de alto grado de confianza del presidente Jorge Videla. Sin embargo, ya por convicciones propias, ya por la ideología

estadista/corporativa que prevalecía en las Fuerzas Armadas, procedió de manera harto gradual en todos los frentes y, al retirarse en marzo de 1981, no había logrado encarrilar las finanzas públicas, ni el sistema bancario, ni la inflación.

Al dejar Videla la presidencia y ser reemplazado por Roberto Viola, Lorenzo Sigaut sustituyó a Martínez de Hoz en el 5to piso del palacio de Hacienda. El manifiesto rechazo de Viola por la imagen de super-ministro que había dejado Martínez de Hoz, hizo que Sigaut debiera aceptar el parcelamiento de su cartera en cinco ministerios distintos. Ese hecho, el desgaste del gobierno militar después la pobre gestión económica de Videla/Martínez de Hoz y la búsqueda de apoyos políticos fuera de las Fuerzas Armadas por parte del presidente Viola, fueron todos factores que debilitaron el poder de Sigaut, que no llegó a completar nueve meses en el cargo.

Roberto Teodoro Alemann llegó al ministerio de la mano de Leopoldo Galtieri, cuando este general desplazó a su antecesor Viola en diciembre de 1981. Alemann venía con fama de duro, de orientación liberal, dispuesto a proceder con más energía y menos gradualismo que sus predecesores. Con el lema de las tres “D” (“Desinflacionar, Desregular y Desestatizar”), se lanzó a estabilizar la moneda y a reformar el Estado y sus empresas, más con la voluntad de sus convicciones y las de sus colaboradores, que con un plan detallado o secuencia premeditada. La malhadada aventura militar de las Islas Malvinas lanzada por Galtieri y la Junta Militar el 2 de abril de 1982, apenas tres meses de iniciada la gestión de Alemann (¡y estando el ministro desinformado en el exterior!), hizo, a todo efecto, abortar el intento.

Roque Fernández sucedió a Domingo Cavallo en agosto de 1996. Sin el carácter avasallador de su predecesor, pero contando con un buen apoyo del presidente Menem ya en su segundo mandato, mantuvo con firmeza la estabilidad monetaria y los programas de desregulación y privatización lanzados por Cavallo desde 1991. Pero su gestión se complicó cuando la fantasía re-reeleccionista de Menem, las crisis asiáticas de 1997/98 el default ruso de 1998 y la devaluación brasileña de 1999, se combinaron para deteriorar la situación fiscal.

José Luís Machinea, primer ministro de economía del presidente de la Rúa, asumió a fines de 1999 un escenario en el que la rígida regla monetaria heredada (la

convertibilidad del peso, que llevaba ya casi nueve años de vigencia) exigía restablecer el equilibrio fiscal, pero generando a la vez un shock de confianza para que el ajuste fiscal no agravara la recesión. Era un desafío dadas las rigideces que imponía un tipo de cambio (políticamente) inamovible. Ni la débil personalidad del presidente de la Rúa, ni la inestable coalición política que lo había llevado al gobierno constituyeron una buena receta para semejante desafío.

### • *¿Y Martín Guzmán?*

Martín Guzmán integra con Axel Kicillof el reducido grupo de dos ministros provenientes de la academia sin ninguna otra experiencia previa. Si bien entre los economistas profesionales esto podría ser un punto a favor, no es – necesariamente – garantía de nada. Basta recordar que el “académico” Axel Kicillof confesó haber obtenido su título de economista “sin haber leído un solo libro” y está convencido que “el comunismo fracasó porque no contó con planillas Excel”.

Pero démosle a Guzmán el beneficio de la duda en cuanto a la calidad de lo que estudió y aprendió en la Universidad Nacional de La Plata y en Columbia University de la mano del laureado Nobel Joseph Stiglitz. Queda la duda si la ausencia de un plan es un indicador de que le falta la experiencia de un economista multidisciplinario y con visión estratégica para formular un plan integral; o alternativamente, que no tiene el poder político para hacerlo y no le importa representar un papel de ministro limitado a negociador del default.

No solo Guzmán preside una cartera “parcelada”, sino que tiene poder nulo en la designación de quienes encabezan cada parcela (Comercio, Industria, Agricultura, Energía, Obras Públicas, Trabajo, Desarrollo Social, etc.). Y como si poco fuera, depende de un presidente (Alberto Fernández) que debe consultar a la vicepresidente y su entorno sobre cada designación, cada paso y cada medida que él desea tomar. Sin en tales condiciones el ministro Guzmán concluye su mandato con buenos resultados, habrá confirmado aquello de que Dios es argentino.

- ***¿Cuán importantes son los ministros de economía, su preparación y su poder?***

¿Por qué los argentinos se preocupan tanto por los ministros de economía? En ningún país civilizado se le da tanta importancia y es foco de tanta atención como en la Argentina. Generalmente pocos los conocen. ¿Se justifica que en nuestro país ocurra lo contrario?

El principal argumento para que los ministros de economía tengan tanta trascendencia en Argentina sería la fuerte concentración de poder en el Ejecutivo (propia de nuestro presidencialismo). En nombre del presidente, el ministro de economía debe manejar múltiples presiones sectoriales, particularmente en contextos mucho más intervencionistas y volátiles que los de los países desarrollados. Ni que hablar de decisiones que bordean la corrupción explícita o implícita. La utilidad para un presidente de un ministro que toma decisiones es que en el error la responsabilidad es atribuible al ministro y eventualmente es el fusible. En cambio, en el acierto es posible que el presidente pueda atribuirse la responsabilidad última de las decisiones y al menos compartir los méritos del éxito.

En sentido contrario, el principal argumento para que estos funcionarios no tengan más trascendencia que la que tienen en los países desarrollados, es que su poder para mejorar las cosas está tanto o más limitado que en aquellos países. Los condicionantes con los que pueden encontrarse son muy diversos. Sólo en parte dependen del margen de poder que los presidentes les otorguen. Aún cuando se les hayan dado amplios poderes formales de manejo de áreas ministeriales, son muchos los factores que pueden imponerles limitaciones. Entre ellos, la situación heredada, externa e interna y el poder que el Ejecutivo tenga frente a sindicatos, centrales empresarias, cuerpos legislativos y gobiernos provinciales para enfrentar los desequilibrios de corto plazo y las reformas de largo plazo que los ministros consideren necesarias. Todos estos condicionantes pueden hacer intrascendentes una buena formación académica, su capacidad de identificar prioridades estratégicas, su capacidad de convencer que su estrategia es la mejor

disponible, su experiencia en el manejo de equipos y su capacidad de convocar gente capaz.

Está claro además que, no siempre o no necesariamente, quienes llegan a ocupar el cargo tienen una sólida formación económica. Un presidente puede querer ministros que no estén preparados más allá de ser buenos contadores o dóciles operadores políticos, para que no le hagan sombra ni lo presionen para hacer cambios que no desea o no puede realizar. Un ejemplo en este sentido fueron los ministros de economía que nombró el presidente Néstor Kirchner después del alejamiento de Lavagna.

La formación académica puede incluso ser un impedimento definitivo para llegar a ministro en un país con lobbies empresarios y sindicales opuestos a la ortodoxia. Solamente en situaciones de grandes crisis los poderes fácticos están dispuestos a aceptar ministros capaces de adoptar medidas que, siendo necesarias para el interés general, pueden afectar sus intereses; y sólo por el tiempo necesario para sortear la emergencia. Nunca aceptan ministros que introduzcan reformas estructurales que afecten sus intereses de manera permanente, sean estos la apertura de la economía o las leyes sindicales. Cavallo fue un ejemplo de académico con mucho poder relativo que pudo privatizar grandes conglomerados estatales en favor de los grupos empresarios y comprando la adhesión sindical con participaciones accionarias y grandes indemnizaciones a los prescindidos. Pero no tuvo pretensiones de abrir la economía fuera del Mercosur, ni forzar reformas laborales de fondo. Si las hubiera tenido, probablemente habría sido desplazado.

En definitiva, la elección del ministro nunca es una decisión que el presidente pueda tomar con prescindencia de los factores políticos internos; y si lo hiciera, probablemente dure muy poco (como ocurrió con López Murphy en 2001). Los que llegan a ministros son de hecho un fenómeno endógeno que depende de las circunstancias políticas internas. Si tienen una aceptable formación económica (como podría ser la de Boudou o Guzmán), tendrán que demostrar que son lo suficientemente pragmáticos para olvidarse de la ortodoxia que pudieron haber aprendido y sumarse dócilmente a los dictados de la política heterodoxa.

Un ministro puede tener el control de toda la política económica y de todas maneras el contexto político puede no permitirle torcer el rumbo gradualista predefinido por el presidente y sus asesores (caso Dujovne durante la presidencia de Macri). Y si lo intentara, probablemente tendría que renunciar y sería reemplazado por uno que, aún con poder de coordinar todos los ministerios, sería dócil para adecuarse a las definiciones políticas de la presidencia.

En nombre de jerarquizar la importancia de nuestra profesión, los economistas a veces plantean que la idoneidad académica y el poder real de coordinador económico serían condiciones suficientes para tener éxito. Sin embargo, la experiencia histórica muestra que los ministros generalmente quedan muy limitados por la política interna, sin capacidad de modificar el rumbo de las cosas más importantes. La capacidad de influir y decidir de un ministro de economía depende fundamentalmente del grado de crisis y de miedo existente en los sectores de intereses y en la política en general. En esas circunstancias, entonces sí el ministro tendría capacidad de influencia y por lo tanto su formación académica, su trayectoria y su visión estratégica pueden hacer una diferencia. Sería una luz en medio de la oscuridad y del miedo generalizado.

Martínez de Hoz, Cavallo y Lavagna fueron ejemplos de ministros con capacidad de influir debido a las situaciones de crisis desde la que iniciaron sus gestiones. Quizás una discusión puntualmente importante, aunque especulativa y de difícil objetivación, sería en qué medida el poder real que le dieron las circunstancias a esos ministros fue desperdiciada por falta de formación académica (Martínez de Hoz), por excesivo keynesianismo y ambición personal (Cavallo) o una formación económica heterodoxa (Lavagna). Pero, conscientes de las limitaciones políticas entonces prevalecientes, ¿habrían cambiado significativamente los resultados si en lugar de Martínez de Hoz el ministro hubiera sido Dagnino Pastore? ¿O si en lugar de Cavallo hubiera sido desde el inicio Roque Fernández?

La conclusión, entonces, es que la importancia de los ministros y su potencial capacidad es una discusión sobredimensionada. Como en Chile en 1973, donde la clave fue una crisis muy profunda como punto de partida y una decisión personal del presidente Augusto Pinochet de llamar a los Chicago Boys. Fuera de situaciones de notable concentración de poder, como la chilena del 73, la formación académica y la capacidad

de acción de los ministros de economía es una condición insuficiente para realizar los cambios necesarios para lograr estabilidad y crecimiento. La política y los intereses internos les deja muy poco margen, aun si están bien formados. Quizás puedan evitar errores muy groseros. O meramente demorarlos hasta que los desplacen. Pero un ministro de economía bien formado difícilmente podrá más que la cultura y los intereses que dominan la política del momento.